

SASTRERIA Y ORTOPEdia

LA moda no influía antes tanto en la vida, ni calaba tan hondo en las personas. Había muchos que permanecían fieles a su indumento desde el principio hasta el fin, y si la necesidad imponía el cambio, lo efectuaban con la mínima modificación.

Los tuerfos, por ejemplo, se quedaban tuerfos de verdad, sin disimular la falta con ojos artificiales. Son contados los casos de mujeres que llevaban una cortinilla negra atada a la frente, no en la forma ovalada de la princesa de Eboli, sino rectangular y colgante, como cortinilla de ventanillo.

Las gafas, con las que la moda ha hecho milagros, como se dice en el tiempo que corre, apenas se veían más que en los muy viejos y de un par de modelos casi universales, en monturas de oro o de latón: las primeras llamadas «lentes» fuertemente sujetos a la nariz, con cadena o cordones atados al chaleco, y los segundos apoyados en las orejas. El cristal siempre ovalado y sumamente pequeño, muy próximo a la media gafa que necesita el viejo para ver de cerca.

Las gafas que tenía en la punta de las narices, mientras trabajaba, Antonio Vaquero, el zapatero de la Placeta Albertos, idénticas a las que había en el saco de los botones, liadas en un pelindrajo; el saco aquel que tenía los corchetes, las fundillas, los botones y alfileres inservibles de tantas generaciones.

Los cegatos (miopes), no usaban gafas.

Eran características de las gafas aquellas los ataderos con cintas negras en el apoyo de las narices, en las patillas, lo mismo en la parte de las orejas que en su articulación con el óvalo.

Los cojos llevaban todos su pata de palo al aire libre, con apoyo adecuado al muñón. Esto, que ya no se vé, sigue siendo lo más útil y cómodo, aunque no se use por estética. Hubo un cojo que le dió por llevar los pantalones estirados para tapar el garrote y como era muy alto parecía un estafermo, por el movimiento del cañón que todos llevaban doblado. Y es que lo natural es siempre lo mejor, hasta dentro de lo artificial. Los carátulas, para la Pascua.

Sin embargo, había una cosa que, dentro de nuestra pobreza, se percibía con más intensidad que ahora: el uso de pelucas, peluquines y artificios capilares y cuidado con las fachas que se veían por taparse una calva hermosa!

Los mancos aceptaron siempre su defecto sin disimulo.

En general la gente vivía tan ahormada a sus prendas, que formaban un solo cuerpo indivisible hasta el punto de que dejada accidentalmente una prenda en cualquier parte, todo el mundo la conocía: ¡Ah! Sí; es la chaqueta de Perico, no ves la señal de llevar el **dao** por fuera del bolsillo, como él hace. Y los hombros «escurriós».

—¿Y la gorra?

—La gorra, pues lo mismo, la visera un poco **torcía** a la derecha y lo del **cocote** alto de llevarla **encasquetá**. ¡Si se vé hasta la facha de la cabeza, señor!

Y así era, en verdad,

El uso de pendientes era tan **inexcusable** en la mujer, que si se rasgaba la oreja se los colgaban de arriba, con hilo fuerte, porque los anillos eran siempre de peso.

ESPIRITU

EL que yo conocí de chico, el único de que se hablaba era el alcohol: «alcor» le empezaron a decir según iba entrando la letra de molde y aumentando el vino. Pero ya se comprende lo que escasearía el **espíritu** cuando Alcázar tenía que traer el vino para beber. Y lo que sorprenderían sus cualidades; la facilidad para disiparse, el arder, su penetrante olor. Y lo limitado de sus aplicaciones. Un paño de **espíritu** se lo ponían a uno cuando estaba muy malo y son muchos los que se han muerto en Alcázar con el paño de espíritu doblado sobre la frente.